

Ante la “crisis de la verdad”: ¡Nada más político que una “buena” metodología!

Faced with the "crisis of truth": Nothing more political than a "good" methodology!

Marvin Amador Guzmán

Universidad de Costa Rica (Costa Rica)

Profesor en la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva (ECCC) de la Universidad de Costa Rica desde 2007. Bachiller en Ciencias de la Comunicación Colectiva, Licenciado en Periodismo y Máster en Tecnología Educativa. Además, tiene estudios de posgrado sobre Desarrollo Económico de América Latina. Fue coordinador de Acción Social durante 9 años en la ECCC, y también ha coordinado e impulsado proyectos comunitarios y docentes sobre radios indígenas, comunicación de grupos campesinos y comunicación para defensa de derechos en plantaciones agrícolas. Trabaja e investiga sobre temas de comunicación y poder, comunicación para el desarrollo, memoria popular, derecho a la comunicación y disputa simbólica.

Editorial

Pocas veces como en la actualidad ha sido tan urgente y necesario asumir el reto del **rigor** metodológico, adecuadamente combinado con la mirada cualitativa crítica, en lo que respecta a los procesos de producción y reproducción de conocimiento dentro de las Ciencias Sociales, en general, y de la Comunicación, en particular.

Más que un simple desafío técnico-metodológico, este “llamado urgente” tiene una clara dimensión política y supone una aguda reflexión epistemológica. Esto es así, dadas las formas en que se vienen manifestando los procesos de apropiación social de información y conocimiento, y debido a los derroteros por los que están transitando nuestras sociedades (en buena medida como consecuencia de ello), lo que conlleva a la necesidad de comprender esos fenómenos a cabalidad, de manera particularmente rigurosa, precisa e integral, para plantear abordajes y estrategias pertinentes, orientados a generar cambios posibles.

Como se sabe, la llegada de la “era digital” en los albores del Siglo XXI trajo consigo la masificación de internet y al ascenso vertiginoso de las redes sociales como sistema de información y comunicación dominante. Más allá de múltiples posibles beneficios sociales, este predominio de las redes digitales conllevó, como expresión de su faceta negativa más conspicua, al fenómeno de la masificación de la desinformación y las

“noticias falsas”, así como a la emergencia del “pensamiento de la ocurrencia”, propio del “yo virtual”, según el cual la “verdad” se define en función de los gustos, intereses y preferencias individuales, lo cual devino en la llamada “crisis de la verdad” y en el fenómeno de la posverdad.

Tal y como se evidencia en los escenarios políticos actuales de muchos de los países occidentales, así como en el ámbito de la geopolítica global, esta crisis —que se suma a las levemente más longevas crisis de la democracia liberal y del cambio climático— está coadyuvando de modo significativo a una situación que pone en riesgo los andamiajes de las relaciones humanas según las hemos experimentado en el mundo occidental desde la posguerra de la Segunda Guerra Mundial: “la crisis de la verdad se extiende cuando la sociedad se desintegra en agrupaciones o tribus entre las cuales ya no es posible ningún entendimiento, ninguna designación vinculante de las cosas (Han, 2022, p. 73).

El hecho es que, para una parte significativa de las poblaciones de nuestros países, en buena medida debido a las dinámicas algorítmicas digitales y a los flujos de la desinformación en las redes sociales, el paradigma del pensamiento racional científico parece no haber existido o, en el mejor de los casos, parece haber quedado en el olvido. Con ello, todo muestra que se ha dado paso a una forma de pensamiento mágico que, sustentado en las prácticas individualistas de consumo de contenidos, en el desarrollo de las “comunidades burbuja” y en los flujos masivos de desinformación, consiste en “creer en lo que se desea creer”, con lo cual “la verdad” queda supeditada a las vicisitudes de la subjetividad.

No cabe duda de que las creencias intersubjetivas asentadas en el pensamiento mágico han hallado arraigo desde siempre, en el marco de las múltiples y diversas dinámicas del “encuentro colectivo”, y también está claro que las informaciones falsas han sido herramientas de poder desde mucho antes del surgimiento de la comunicación de masas. Sin embargo, antes de la era digital, las limitaciones de acceso a la información siempre dejaron espacio amplio para reconocer las carencias personales de conocimiento: “la televisión podía ser un reino de apariencias, pero no era una fábrica de ‘fake news’” (Han, 2022, p. 38).

En la actualidad, las redes digitales han potenciado la proliferación y el acceso masivo a información arbitraria, fragmentada, descontextualizada y con altas cuotas de datos y contenido falso, lo cual produce y reproduce, también de manera masiva, por un lado, el sesgo cognitivo de creer saber todo de todo —a pesar de que bien puede no saberse nada de nada (el conocido efecto Dunning-Kruger)— y, por otra parte, la emergencia de oleadas de internautas “ultracrepidanos” que opinan y discuten sin saber nada de lo que hablan y que presumen de “tener siempre la razón”.

El fenómeno dual de hoy —la generalización del pensamiento de la ocurrencia y la mentira mitificada como soporte de verdad y de conocimiento de la realidad— explotó en los últimos 10 o 15 años en asocio con las formas en que operan las plataformas y las redes digitales, según intereses privados vinculados a un mercado que ignora por completo el interés social y el bien común. Este fenómeno no solo crece de manera exponencial, sino que nos hace “chocar” con pared día tras día y tira por la borda

nuestras convicciones de que el paradigma de la racionalidad, la ciencia y el pensamiento crítico prevalecía como cimiento de las sociedades actuales y como base del pensamiento predominante en esta época.

El reconocimiento de este fenómeno social y la urgencia de su estudio, comprensión y reflexión, alcanzan a las Ciencias Sociales y a la Comunicación en pleno desarrollo de otro dilema fundamental, también de dimensiones paradigmáticas. Se trata del reconocimiento de los límites intrínsecos del paradigma positivista, sus lógicas y métodos, lo cual supone una necesaria —pero postergada— revisión y, con seguridad, también el requerimiento de ajustes significativos, los cuales, en muy buena medida, deberán pasar por considerar lógicas propias de otras miradas epistemológicas.

Al respecto, de manera particular, hay que destacar el planteamiento que se ha hecho a partir de las miradas críticas del “Pensamiento Decolonial” y las “Epistemologías del Sur”, de donde ha devenido la idea de una “soberanía epistemológica”, con sus respectivos y particulares abordajes teórico-metodológicos cualitativos alternativos.

Si bien no se trata de un debate nuevo, los desafíos centrales que se plantean en su seno siguen sin dirimirse y, mientras tanto, en lo que a la Comunicación respecta, parece que la academia sigue forzando a reproducir las prácticas positivistas convencionales, ya normalizadas, atadas en buena medida a los requerimientos de información y conocimiento demandados por “el mercado”, así como a sus delimitadas miradas indagatorias y a los subsecuentes métodos convencionales. Los principales sesgos generales que se le señalan al positivismo predominante están claros desde hace mucho:

- la pretensión del conocimiento absoluto y aséptico (de base fundamentalista) que ignora los influjos de la historia, los intereses, el poder y los contextos concretos;
- el uso de métodos diseñados para el estudio del mundo natural que se aplican, muchas veces de manera mecánica e irreflexiva, a la realidad social humana;
- la normalización, y a veces imposición, de técnicas que precisan métricas para aplicar a fenómenos sociales imposibles de medir (¡hasta la medición del aprendizaje se ha normalizado!, muy a pesar de la evidente imposibilidad de medir el conocimiento asimilado);
- los abordajes disciplinares individualizados, particionados y desvinculados que limitan o impiden la construcción colectiva de conocimientos y dividen la realidad para estudiar simples porciones aisladas y desconectadas de los influjos del “todo” (Tuhiwai, 2016, p. 71).

A los sesgos anteriores, cabe agregar el hecho de que al conocimiento se le suele ver como un recurso útil expresamente para una élite académica o empresarial (en buena medida, sin duda, debido a que mucha de su producción responde a las demandas del mercado), y se desdeñan u olvidan tanto las múltiples necesidades sociales que hay más allá, como los posibles diversos aprovechamientos subsecuentes.

Del reconocimiento de estos, entre otros “sesgos”, devienen postulados alternativos esenciales, según lo proponen De Sousa y Meneses (2014):

- las epistemologías y, por tanto, los procesos de construcción y aprovechamiento de conocimientos no son neutrales;

- la reflexión epistemológica solo se vuelve pertinente a la luz de prácticas de conocimiento concretas (vistas y analizadas en sus contextos particulares), y en consideración de sus impactos en otras prácticas sociales (p. 5).

Nosotros, además, agregamos:

- los métodos convencionales no “alcanzan” para atender los desafíos de conocimiento planteados para incorporar estos postulados alternativos, especialmente en un momento histórico como el actual;
- el conocimiento debe aspirar a un acceso y aprovechamiento social amplio, más allá de los reducidos límites determinados por el mercado.

Desde allí, entonces, se ponen en evidencia los retos epistemológicos fundamentales:

- la comprensión de que el conocimiento no puede absolutizarse y de que tanto su producción como su reproducción siempre estarán anclados a, e influidos por, contextos históricos, culturales y políticos;
- la incorporación de una mirada de totalidad que integre, de manera dialéctica, la especificidad (el todo está en la parte y la parte como expresión de la esencia del todo);
- el requerimiento de abordajes metodológicos cualitativos que, al tiempo en que aseguren la construcción de conocimiento válido y verificable —científico— tengan capacidad de incorporar las diferencias cualitativas que resultan de entornos culturales e históricos diferenciados;
- el reconocimiento de que el conocimiento debe ser un derecho, y de que su producción debería ponerse al servicio del bien común.

El contexto social, político, económico y ambiental actual, marcado por esta crisis sistémica que se alimenta de los procesos de (des)información, exige un esfuerzo metodológico histórico, que comporta un claro carácter político, en tanto supone un compromiso con la acción. El rigor obliga, como un imponderable, a dotar las propuestas de investigación y, por tanto, a los diseños metodológicos, del necesario interés por el cambio, de manera consecuente con las características, las causas, los efectos y las alternativas del fenómeno social que se teje tras las dinámicas políticas, económicas, psicosociales, cognitivas y tecnológicas de las redes digitales. Al menos tres aspectos perfilan los derroteros de este reto político que, en nuestro criterio, atraviesa la producción de conocimiento en la actualidad:

- a. asegurar, en toda su dimensión, el compromiso con el rigor metodológico;
- b. ampliar las miradas y el rigor en los acercamientos cualitativos, lo que supone tanto trascender las exigencias del mercado como generar “expertise” para los abordajes con perspectiva de totalidad, sin perder de vista lo particular;
- c. ocuparse de la pertinencia y el sentido social, es decir, de la necesaria condición de aplicabilidad de la información y el conocimiento generado, y su respectiva socialización, con miras al cambio.

Entonces, para que la crisis de la verdad —forjada a la luz de las realidades digitales— pueda ser abordada de manera consistente con las dinámicas multidisciplinares que la explican, requiere estudiarse y conocerse en un abordaje agudo e integral. Esto supone un esfuerzo claramente político, dirigido e interesado que, en lo concreto, se expresa e

integra en el **rigor** metodológico, adecuadamente combinado con la mirada cualitativa crítica. Por lo tanto, se desprende que una “buena” metodología —rigurosa, precisa, pertinente, relevante, flexible y ética— adquiere necesariamente un carácter político.

Referencias bibliográficas

De Sousa, B. y Meneses, M. (2014). *Epistemologías del Sur: perspectivas*. Akal S.A.

Han, B. (2022). *Infocracia*. Traducción de Joaquín Chamorro. Taurus, 3^{era} edición.

Tuhiwail, L. (2016). *A descolonizar las metodologías: investigación y pueblos indígenas*. Traducción de Kathryn Lehman. Cultura y Sociedad. Primera edición en castellano.

HOW TO CITE (APA 7^a)

Amador Guzmán, M. (2024). Ante la “crisis de la verdad”: ¡Nada más político que una “buena” metodología! *Comunicación y Métodos - Communication & Methods*, 6(1), 4-8. <https://doi.org/10.35951/v6i1.225>